

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pes.  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00  
 Extranjero . . . 1'50

## La Revolución

Hablemos esta vez de la Revolución. Sí, hablemos, pero no para tratar de hacerla estallar en plazo breve, ni para ponerla muy lejos. Ni una cosa ni otra. No debemos dejarnos llevar de optimismos que matan ni de pesimismo que aniquilan.

La Revolución no vendrá, ¡qué esperanza! La Revolución está en las cosas, en los hombres, en la Naturaleza. Por eso digo que la Revolución no viene ni vendrá, precisamente porque ella está en la Naturaleza, ella es la Naturaleza misma, y como las cosas y nosotros no somos más que partes integrantes del gran todo, del Cosmos infinito, la Revolución está en las cosas y está en nosotros.

Tratemos nosotros de ponernos en contacto con la Naturaleza; las cosas se irán cambiando y la Revolución se irá haciendo hasta que dé sus resultados, sus inevitables efectos: la transformación, la revolución social, consecuencia de la verdadera Revolución, la Revolución intelectual y moral.

A partir desde el decaimiento moral del cristianismo, pasando por todas las revueltas político-religiosas y por la revolución francesa inclusive, la Revolución intelectual y moral se está haciendo. Después vendrán sus consecuencias, la catástrofe inevitable, el derrumbamiento apocalíptico del paganismo burgués.

La Revolución se está elaborando, ¡cómo no! La Revolución se está haciendo.

La lucha de ayer, la tragedia del pasado, los fracasos, los traspies, las enseñanzas, todo continúa en el presente con nuevas aspiraciones, con

nuevos fracasos que dejan enseñanzas para lo sucesivo, para el porvenir.

Los libros, folletos, periódicos, toda la obra intelectual que la invención de Gutenberg impulsó e impulsa tan maravillosamente; las invenciones y transformaciones de la maquinaria, los descubrimientos científicos, ¿qué son sino la lucha consciente e inconsciente de los hombres de ayer y de los hombres de hoy en pro de la transformación de la estructura del régimen capitalista? ¿Hacia dónde va el hombre, hacia dónde la sociedad, en su incesante batallar, en su perenne tragedia? Indudablemente que esta tragedia tiene que tener su desenlace, desenlace que ha de ser funesto, no para el hombre, si para la sociedad.

Se derrumbará, ¡cómo no! En el mitin, en la conferencia, en el teatro, en las buenas costumbres, en los hechos en armonía con nuestros principios tenemos la educación refleja o educación por el ambiente.

En la escuela racional científica está la fragua y el yunque donde hacer el hombre del mañana, el verdadero tipo del hombre educado, consciente de su yo.

En el libro, folleto y periódico vibrando está la verdad por salir de los estrechos moldes en que el impresor las colocó.

Luchemos cada cual desde el lugar que más esté en armonía con nuestro intelecto y temperamento; la Revolución se irá laborando, la Vida surgirá radiante y esplendorosa y la Humanidad será con ella feliz y dichosa.

ILE GALES

neo, en el Atlántico. Es el delirio exterminador que ha interrumpido el astro creador de vida del poema de la Naturaleza, para que sólo se oiga el respirar estertéreo de una humanidad que se destroza estúpidamente.

Los frentes de batalla se miden por centenares de kilómetros. Los choques son de centenares de miles y aun de millones de hombres. Las bajas se cuentan por decenas de miles. Los dolores de la guerra son inenarrables. La tierra, calcinada por el fuego y la metralla, retiembla al empuje de los bárbaros guerreros. Los ríos que cruzan Europa, no deben arrastrar ya en su corriente agua y residuos de cuerpos inorgánicos, sino sangre burbujeante y piltrañas humanas palpitantes aún. La superficie de la tierra europea no tiene bosques que la llenen de oxígeno necesario, ni prados que la engalanan con su verdor y sus flores, ni esmeraldinos campos que tras la primavera son en verano rubios trigales que se mecen blandamente, como una caricia maternal, bajo la brillante hoz del segador. Eso ya no existe. Hoy no hay más que osamentas tendidas o de punta, pero que proyectan una sombra terriblemente vengadora. Montones de tierra removida, que son túmulos espantosos donde se sepultaron millares de vida llenas de juventud, de alegrías, de ilusiones, de ensueños, de amores y de afectos. Olor a carne achicharrada y nauseabunda. Charcos de sangre coagulada. El bacilus del cólera flotando en el ambiente a causa de la descomposición de los cuerpos, y por himno de esta espantosa tragedia, el canto de los buitres y los cuervos y el aullido de las fieras, que más fiera el hombre, fué a turbar su quietud tranquila en la soledad de los bosques. Y todo este cuadro de horrores y miserias y este mar de sangre, ¿para qué y por qué? ¿En nombre de qué derecho, de qué aspiración, de qué sentimiento? De nada ni por nada, fuera del interés directo de hombres monstruos, que así han cegado la razón humana y matado el sentimiento de amor que es vínculo de la vida.

Eso de un lado. De otro, hombres que lloran con el corazón hecho jirones; viudas que sienten en su vientre renovarse un nuevo ser, que antes de nacer ya está condenado al sufrimiento; huérfanos que en los primeros años de su infancia les quemó la sangre caliente de las víctimas el rostro, igual que un líquido corrosivo; ancianos que, con la nieve de los años, no tienen más refugio que el suicidio; prometidas que serán carne de placer de un día y flor de hospital al segundo.

El hambre, la miseria absoluta, el dolor, el llanto, el pauperismo, la tisis, la difteria, la tuberculosis, la peste, el cólera, todas las enfermedades, todas las calamidades juntas, obrando en acción destructora, en avalancha asoladora, exterminando, matando, envolviendo al mundo en la fúnebre policromía de un panteón inmenso; cubriendo a la humanidad con el frío cenital de la muerte.

Esa guerra, esa otra guerra social de fatales consecuencias, guerra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes, hoy más agudizada, más trágica, más terrible que nunca. Esos cuadros indescriptibles, inenarrables, de un dolor que lacera el alma y destroza el corazón, recargados de escenas sombrías y trágicamente desgarradoras, que la sociedad presente nos ofrecía de continuo, con esos millares de víctimas, héroes del trabajo, fomentadores únicos de la vida, ejército anónimo que no tenía ni las coronas de la gloria, ni su nombre era grabado con letras de oro en ninguna parte, sino que la historia de su calvario se ha escrito con su

propia sangre, y por lápida conmemorativa llevan en sus tumbas sin lágrimas, por epitafio, el dolor de los seres amados que quedan en la miseria.

Esa guerra social cuyos, inmensos frentes de batalla son las minas donde soldados del trabajo mueren aplastados bajo el despiome de graníticas moles; los campos, donde encorvado sobre el terruño, muere el campesino por la acción congestional del frío o por la insolación de un sol de fuego; las fábricas, sin luz diáfana, donde el obrero va poco a poco aspirando el polvillo que engendra el terrible microbio de la tisis; donde la mujer se deforma por un trabajo bestial y da a luz hijos contrahechos y raquíticos; donde el niño atrofia su inteligencia y mata su desarrollo normal, porque el trabajo brutal y excesivo que ejecuta contrarresta las juveniles energías anatómico-fisiológicas; los obradores, donde vírgenes impúberes, que son los pistilos de rosas humanas, tienen que vender sus candidas caricias para obtener de ellas lo que no les da su trabajo. El lupanar, donde las mártires proletarias van a purgar el crimen que una casta perversa comete impunemente. El arroyo, donde los hijos del pueblo hallan por educación y por beso maternal el puntapié del policía o el latigazo del lacayo con librea de casa grande; la cárcel, donde los proletarios todos, las víctimas todas de este monstruoso estado social, hallan la contestación a la reclamación enérgica de su derecho a vivir. Pero ¡ay!, este derecho no se reclama, se ejercita.

Esa guerra, en fin, ya de suyo cruelmente bárbara, agravada ahora en proporciones que la mente humana no puede concebir, sin que produzca el vértigo de la locura, por el espanto.

Y cabe preguntar: ¿Nos hemos vuelto todos criminales natos, como absurdamente afirma Lombroso que los hay? ¿Habrá llegado la cobardía y la impotencia humana, al extremo de que no hallemos remedio a nuestros males, que nosotros mismos producimos, más que en el suicidio? No; yo afirmo que no. Yo soy optimista; yo veo todavía hombres aunque no son muchos.

Si; veo hombres que con abnegación sublime, con la grandeza de almas elevadas a las regiones sublimes del Bien y de la Justicia, siguen como monolitos ciclópeos, incansables, indomables, con la mente fija en el horizonte, por donde se vislumbra vivificante el sol de manumisora Justicia.

Hombres de arrestos varoniles, de mirada impávida y serena, que miran frente a frente al coloso ensangrentado, vacilante en su pedestal de ignominia. Hombres valerosos que se templaron en la lucha cruenta y desigual que nace de las infamias sociales. Hombres de bronce, que con la seguridad en el porvenir, no se doblegan ni se rinden, sino que multiplican sus esfuerzos, aceleran su marcha, atacan con denuedo, con el valor sereno que da la convicción, la fe en el ideal.

Esos hombres son los portestandartes de la libertad y dignidad humanas, que hecha jirones, se empapa en sangre y lodo en el presente momento, el de mayor culminancia en la historia del crimen y la locura. Esos hombres son los que por encima de todos los horrores presentes, dejan oír su voz de justicia y, más alto que nunca, proclaman las concepciones anarquistas como aspiración augusta y magnánima de equidad, de igualdad y de fraternidad humanas.

Seguid, seguid, nuevos Prometeos, que vuestro grito es el Bien y él representa, a pesar de todo, a ese corazón gigante de una humanidad que ya no siente ni el dolor, porque las fuentes del sentimiento las seccionaron hombres torpes y perversos.

Seguid, gigantes de la gigantesca obra, que ella es consecución de justicia.

La gran pira está formada; el resplandor del gran incendio ilumina al mundo con claridad siniestra. En sentido inverso, seamos los que de humilde pajueta hagamos tea purificadora que ilumine al mundo con resplandores vivificantes de una salvadora revolución, que entre sus lengüecillas de fuego carbonice todos los gérmenes del mal.

Vosotros también, pigmeos, belitres, renunciadores de la vida; hombres espectrales de un pasado ignominioso, seguid todos en vuestra obra cobarde y perversa, que ya habéis llegado al final de vuestra tragicomedia, y el epílogo de vuestra obra es la fosa que habéis abierto con vuestras propias manos, donde vuestros cuerpos chorreantes de pus, se tienen que sepultar.

El sol de la justicia os mata como bacterias morbosas, reproductoras de la enfermedad del crimen social. ¡Huid, sombras tétricas, a enterrar vuestras miserias con vuestras almas ruines, que la Anarquía avanza y besa en la frente a la humanidad que sufre!

RAFAEL RUEDA LOPEZ  
 Génova, noviembre de 1915.

## ¡Libertad!

Amigos de Pinos Puente. Alguien me dice que habéis fundado una asociación que lleva el título con que encabezo estas líneas.

¿Sabréis interpretar con toda su amplia, generosa y multiforme expresión, la palabra, la idea de libertad? Yo espero que sí. Y esta esperanza, esta idea que me he formado de vosotros, trae a mi pensamiento una corriente renovadora de optimismo. Deseo que vosotros también seáis optimistas. Que nada os importe, que nada os acongoje, que nada os obstaculice vuestra marcha hacia la conquista de la libertad... ¡De la libertad en su más pura acepción real, no manchada por ambiciosos que hicieron de ella algo ante lo que se siente así como vergüenza, como rubor! ¿Sabéis?

Buscad, trabajad, luchad en lucha que será grandiosa por el motivo que la anima, por la libertad; pero que vuestra lucha sea lucha de artistas, de filósofos, de hombres, nunca de políticos. La política ha hecho de la libertad, palabra sublime, una cosa hueca, grotesca, anodina, que no vale la pena sacrificarse por ella. Que lo comprendáis así, deseo.

Entonces haréis algo digno, algo grande, algo que merezca tenerse en cuenta. No debéis olvidar nunca que, dado el paso gigantesco que lleva el progreso, los mediocres no triunfan, ni los que se mantienen en términos medios, ni los que dejan pasar el tiempo sin tener un gesto bello, que plasme una idea libertadora. Hay que hacer algo grande, para merecer el sobrenombre de amantes del futuro... Creo, espero, que vosotros lo merezcáis.

Dentro del local de vuestra asociación seréis todos uno solo; es decir, una sola voluntad—la voluntad es la más grande fuerza creadora—; pero fuera, habéis de ser cada uno, uno más, y si es posible multiplicar vuestras energías, tanto mejor. Semejará la obra de cada uno el esfuerzo de muchos. ¿Comprendéis?

Podría citaros miles de ejemplos, pero desde que a las citas se les da el nombre de erudición, las he tomado horror, el horror que inspira todo lo manoseado por gentes vulgares, y ya sabéis cuanto abunda la «erudición» en los escritos de esos periodistas de pan llevar, que ellos mismos se dicen intelectuales. Sin ironía. Sin ceramiente. No me agradan los retruécanos cuando hablo de estos señores respetuosos, domadores de la abulia, maestros de la mansedumbre...

Huid vosotros de ellos. Son el peor enemigo. Cuentan con esa arma poderosa—la prensa—y saben domeñar y saben maltratar y saben acabar con todos los intentos bellos, supremos.

Al empezar vuestro trabajo, vuestra lucha, no esperéis de nadie, que el que espera pierde; haceros cuenta que estáis so-

## POR LA ANARQUÍA

### Las dos guerras

A los valientes de alma, a los de noble corazón, a los de inteligencia superior, a los cantores de la vida nueva, a los intsigables caminantes del Avenir dedico este artículo. Los melancólicos, los prudentes, los adaptables, que no me lean. — RAFAEL RUEDA LOPEZ.

No busquemos imágenes bellas en la retórica para engalanar lo que ha de hundir, rajar, demoler, matar. No, no es hora de que el perfume de las rosas se escape de los puntos de nuestra pluma cuando la sangre nos cae en hilos cálidos por el rostro. Tiempo es, por el contrario, de que sin cobardes eufemismos hagamos de la pluma la catapultilla formidable que derribe el régimen que nunca será bastante aborrecido.

Veinte millones de hombres, cegada su razón, anulada su inteligencia, movidos sólo a impulsos de la bestia humana que domina en su ser bajo el débil barniz de hombres civilizados, empuñan las armas. Se emplea el cañón de gran alcance, cuyos proyectiles pesan una tonelada. Los gases asfixiantes. Las inundaciones de los campos. Las bombas, que se arrojan desde inconmensurables alturas. La bala *dum dum*. La bayoneta dentada en forma de serrucho. El incendio. Todos los refina-

mientos de crueldad que se enterraron con la Inquisición. Los caparzones de Felipe II y Loyola, si pudieran animarse, se reírían con su boca desdentada y cavernosa, y sus manos descarnadas se frotarían con macabro repiqueo, al ver que tras el esfuerzo gigantesco que la humanidad ha hecho por librarse de sus espíritus travessos, hoy triunfan sin esfuerzo.

La Mecánica, la Biblioteca, la Química, la Física, la Ingeniería, la Literatura, todo lo que es producto del esfuerzo muscular e intelectual de tantas generaciones que sostuvieron épicas luchas por la libertad y la dignidad humanas, puesto al servicio del exterminio, de la barbarie, del crimen, que nuestro léxico es demasiado pobre, con ser tan rico, para calificar con exactitud.

La obra que es legado de millones de generaciones, que en ella pusieron manos de nervios, puñados de músculos, porciones de cerebro, todo en bien de su especie, hoy cae aniquilada, triturada, manchada de sangre y lodo.

El cañón resuena en el Sur de Europa, en el Extremo Oriente, en el Occidente, en el Mediodía, en el Norte, en la tierra, en los aires, en los mares. Se mata en Alsacia y Lorena, en el Marne, en la Champaña, en Bélgica, en Flandes, en Servia, en Bulgaria, en Polonia, en Istria, en Armenia, en Gallipoli, en el mar del Norte, en el de Mármara, en el Báltico, en el Mediterrá-

Está ya en venta el ALMANAQUE DE "TIERRA Y LIBERTAD"

PARA EL AÑO 1916 Precio: UNA peseta